



Retrato de Ciudad con Plaza en el Centro

por María Concepción Regueiro Digón

(fragmento)

(Calle Vieja, 15 - Pensión "Estación")

La pensión usada por las prostitutas de la zona con sus clientes es un viejo edificio que sólo una excepción flagrante en la ley de gravedad mantiene en pie, pero con la ventaja del conjunto de discreciones precisadas en el negocio: la discreción de un portal oculto que evita los patéticos números de los clientes en sus entradas y salidas; la discreción del dueño, siempre absorto en su periódico deportivo cuando entrega la llave o cobra la estancia y permanentemente sordo al ruido a veces exagerado de los muelles de las camas o de las ocasionales escalas de gemidos y por último y quizás más importante, la discreción del barrio en general, experto en todas las variantes del silencio, capaz de callar la bomba recién explotada en sus narices. El silencio es su tesoro, la joya postrera centelleante entre montañas de basura y cascotes. Hace demasiado que las ilusiones de sus habitantes se empeñaron en trabajos precarios o en el ansiado golpe que nunca llegará. Las prostitutas, por tanto, se limitan a cumplir con su trabajo ofreciendo las condiciones más interesantes.

El cliente que espera en una habitación la vuelta de la chavalita con el cubo de hielo es de los habituales, pero también de los más odiados. Sus exigencias previas son un verdadero incordio y es insoportable su tacañería inverosímil, demostrable en el ejemplo concreto del uso del hielo en una única botella individual de champaña de la que no compartirá ni una gota. Todas lo detestan y el servicio fue decidido a suertes. La chavalita dejó de nuevo patente su desencuentro con la fortuna y por eso se ve vistiendo el



uniforme de colegiala que formará parte de ese ritual de los prolegómenos. Sus colegas no fueron muy consideradas recomendándole con un sarcasmo abrasivo el empleo de sus habilidades actorales, pero su sueño de ser una estrella de la interpretación prefiere enterrarlo con el resto de recuerdos de una niñez plagada de miserias.

El viejo le da tanto asco que hace el papel exigido sin mirarlo a la cara. Odia su violencia incontrolable cuando siguiendo el ritual entra en acción, le arranca la ropa y la tumba boca abajo casi asfixiándola, sus órdenes jadeantes salpicadas de insultos para que grite aterrorizada y sus propios gritos agudos, parecidos a los de las ratas, cuando por detrás la empala y tras unas sacudidas se corre entre temblores, pellizcando con saña sus pechos pequeños pero, sobre todo, odia con toda el alma al propio viejo, con su expresión de vicio rancio y su cuerpo de arrugas blanquecinas, un miserable ahogado en propiedades inmobiliarias en los arrabales que sin embargo llora cualquier pequeño gasto. Siente verdadera ganas de abrirle la cabeza mientras cuenta con lentitud el dinero y protesta por la calidad del servicio, según él, prestado sin interés ni dedicación. Ella se muerde la lengua para no gritarle las características de lo recién sucedido en la habitación o recordarle su edad real, aún bastante apartada de la mayoría de edad o, simplemente, describirle el conjunto de ocurrencias retorcidas soportadas. Como digna habitante del barrio cumplirá fielmente con su máxima y sólo devolverá un silencio tranquilo al coger los billetes y guardarlos en el escote. El viejo entonces le cuenta con pena la crisis del mercado del alquiler y cómo los propietarios se ven obligados a poner precios ridículos a pisos muy buenos mientras bajan juntos las escaleras. Ella piensa en lo que le gustaría experimentar la sensación de poseer algo de valor, aunque sólo fuese un apartamento miserable en las afueras.

Echa de menos al mendigo que de vez en cuando se acercaba al barrio. El alcohol no había acabado con sus reservas de cortesía y atenderlo era un remanso de paz pese a que fuera un cliente más, otro cargante caso



de sofocaciones, jadeos y empujones. A todas les gustaban sus historias sobre la Plaza porque, en cierta medida, los calificativos “mágico” o “sagrado” que solía repetir les traían recuerdos de tiempos más inocentes y si bien era de los que pagaba a duras penas, nunca se sorteaban la obligación de ir con él. Esa misma mañana el mendigo que ocupa su puesto en la Plaza le informó sobre su secuestro en medio de la noche por unos desconocidos. Duda de la credibilidad de una noticia dada por alguien apodado el “loco” pero, finalmente, lamenta la marcha de un ser aún con el barniz de las buenas maneras y de corazón desea que las cosas le vayan bien en su nuevo destino. A pesar de la basura que es su vida, la chavalita conserva una buena fe digna de elogio.

(Carretera Nueva, s/n - Motel “Relax”)

No hay nada peor que comprobar la debilidad de una postura personal cómoda a causa de un simple hecho cotidiano. Si en las sesiones de sexo prohibido por toda convención o costumbre se cuele algo parecido al amor debería ser la hora de escapar, pero las dos amantes comparten el abrazo como la última ración de comida en época de penuria. Las alarmas de la Mujer Casada llevan un buen rato sonando. Las de la chica, sin embargo, dejaron de avisar de lo evidente hace bastantes días cuando comprendió que la organización de sus jornadas iba a pivotar indefectiblemente en torno a esos encuentros y desechando por fin las reclamaciones sobre ese furtivismo en el amor que nunca soportó y del que tanto se quejó las primeras veces.

La Mujer Casada se enfrenta al vértigo de comprender que esa joven arrasada en lágrimas es el cataclismo interior del cual siempre se había conseguido zafar. Su anestesia sentimental estuvo a salvo hasta escuchar el último episodio de humillación sufrido por ésa a la que se enlaza con casi todo su cuerpo. Entonces se sorprendió a sí misma mascullando la idea de ir



a por el funcionario de la Agencia de Empleo y matarlo sin más, y esa convicción tan inmediata le resulta más impactante que el propio hecho de no desear nada ajeno a esa habitación de motel. Cabría cualquier excusa cómoda sobre su compadecimiento, pero es mujer inteligente y sabe que ese ímpetu homicida proviene del principio ya inamovible de sentir propios todos y cada uno de los sinsabores de esa chica, la demostración palpable de ese nuevo vínculo más resistente y trascendental que el oficial reflejado en el anillo de oro de su dedo.

Recuerda el día que se conocieron cumpliendo el ritual del centro de la Plaza y los comentarios de la chica sobre los orígenes de aquella llanura, pero la Mujer Casada prefirió deslizar su mirada por aquel cuerpo frágil de movimientos suaves en un rápido cálculo de probabilidades de su deporte de riesgo particular, donde la puntuación venía dada por el número final de encuentros en lugares discretos y el placer obtenido de esa manera tan censurable en sus entornos cotidianos. Ahora, en esa habitación, se arrepiente de no haber prestado la atención debida a toda aquella historia porque ha comprendido que le interesa cualquier detalle de esa a la que tranquiliza primero con un rosario de besos y después reclamándole más información de ese proyecto de estudios.

La chica vuelve a describir todo lo que es el armazón de su sueño imposible, toda esa sorpresa ante el misterio evidente entre la indolencia incomprensible del resto. Piensa en las conexiones entre leyendas urbanas y datos contrastables que son su verdadera preocupación y no ésa asfixiante por la pérdida de un trabajo de la escala más básica. Al comienzo de su carrera universitaria sólo tenía claro ese sueño infantil, aún vivo pese a todo lo sucedido, si bien con el añadido actual de esa mujer que ahora le anima a contar más cosas, pero sólo puede concluir con su perplejidad. Se siente en un mundo extraño caminando a ciegas sobre su propia ignorancia y donde ella parece la única representante de la cordura característica de la duda razonable, pero esto último lo calla como único comentario inconveniente



para quien está a su lado, incluso en un momento donde el deseo vuelve a exigir su lugar, demostrando una vez más su poder avasallador frente a esos nuevos sentimientos que entraron en juego y que deberán reinstalarse al final, cuando ellas vuelvan a mirarse a los ojos buscando ese rincón mágico del mundo que sólo estará en la mirada de la otra.

Marcharán enseguida, en ese instante donde el goce mutuo pasa por el descanso compartido entre los besos y abrazos remanentes, pero la Mujer Casada debe hacer unas gestiones ineludibles con su marido y tiene prisa. Es ella quien de nuevo pagará el cuarto y las bebidas del mini-bar. La chica tiene el dinero justo para el transporte hasta su barrio y experimenta como las veces anteriores el sabor acre de la frustración por esa costumbre. La Mujer Casada se da cuenta e intenta calmarla con un beso fugaz, a la vez sello de rutina y promesa de nuevos descubrimientos en la otra piel, pero la frustración sabe esquivar bien los golpes y el sabor acre continuará dominando frente al del carmín del asalto.

**Autor: Maria Concepción Regueiro Digón, Tui, Pontevedra.
Relato publicado en La Estirpe de Tordón, Libro Andrómeda nº.11
Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com**

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.